

San Andrés, Apóstol



30 de noviembre de 2023

Rom 10, 9-18

Sal 18

Mt 14,18-22

P. Eduardo Suanzes, msps

Hoy la Iglesia recuerda a Andrés, el hermano de Pedro que, como hemos oído en el Evangelio se encontraba cerca de la orilla de lago de Genesaret echando las redes, *«porque era pescador»*, dice el texto, queriendo aclarar el por qué lo hacía. Era importante aclararlo, porque iba a continuar haciéndolo, solo que de otra manera: ahora los peces serán los hombres, y habrá que pescar muchos. Ellos, Andrés, Pedro, Santiago y Juan, dejándolo todo (redes, barcas, padre...) lo siguieron. ¿Por qué le siguieron? ¿Por qué se fueron con él? ¿Qué caminos les llevaron hasta creer en Jesús y seguirle? Además, es de llamar la atención la obediencia ciega al llamado de Jesús, porque la primera pareja de hermanos ni siquiera recogen la red que habían lanzado, y los segundos, dice Mateo, lo *«siguen al instante, enseguida...»*. Es decir, Mateo con estas simples anotaciones está radicalizando la exigencia del seguimiento. Andrés, como los otros tres siguió a Jesús al instante, radicalmente.

Aunque el salto que dieron las dos parejas de hermanos fue obediente, sin embargo, el seguimiento a Jesús al principio estaba basado en una fe muy germinal en él y en su obra salvífica¹. Si se fijan los primeros discípulos no tuvieron que hacer ningún recorrido físico para encontrarlo. Ellos estaban pescando o remendando las redes, o sentados en el despacho de impuestos, o simplemente se cruzaron en el camino de Jesús. Allí les sorprendió. Podemos decir que, más bien, fue Jesús quien hizo el recorrido y se acercó a ellos. Y les llamó a que lo siguieran, y, efectivamente, ellos dejándolo todo lo siguieron.

Lo que parece claro es que la persona de Jesús les merecía confianza, crédito, un cierto grado de fe, pues en él encontraron alivio, consuelo, sanación...En un momento en que Jesús les pregunta si quieren irse, Pedro reacciona diciendo: *«¿Adónde vamos a ir, Señor? Sólo tú tienes palabras de vida eterna»*². Está claro, han sido seducidos por la persona de Jesús y le siguen.

Sin embargo, entremezcladas con esta seducción había motivaciones que indicaban una fe y un entusiasmo un tanto interesados. ¿Se acuerdan después de la multiplicación de los panes?: *«Ciertamente ustedes me buscan no porque hayan visto señales, sino porque comieron hasta hartarse»*³. En otras ocasiones las motivaciones eran claramente interesadas: *«A nosotros que lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿Señor, que nos darás?»*⁴. Juan y Santiago aspiran a tener puestos importantes en el Reino de Jesús: *«Queremos sentarnos uno a tu derecha y el otro a tu izquierda»*⁵. El interés por el pan, por la salud, por la seguridad, por tantas cosas... es legítimo; pero todavía tendrán que dar un salto, porque la fe que poseían no fue capaz de superar el momento de la cruz del Maestro. Esa seducción que sentían por Jesús no fue suficiente para sostenerlos en el momento de la prueba, pues *«todos lo abandonaron y*

¹ Cfr. FELICÍSIMO MARTÍNEZ DÍEZ, *Fe para personas inquietas*. Frontera. Ed. San Pablo.2014

² Jn 6,68

³ Jn 6,26

⁴ Mt 19,27

⁵ Mc 10,35

*huyeron»*⁶ ¿Se acuerdan del fracaso que experimentaban por el camino los discípulos de Emaús? Pareciera que todo se había acabado. Ese dejarlo todo y ese seguimiento no pudieron soportar el escándalo de la cruz.

Parece que Andrés, al que hoy con tanto cariño recordamos, nos invita, desde su experiencia, a reflexionar y a revisar nuestra propia fe. Nos invita a preguntarnos si nuestra fe se reduce a una mera emoción o sentimiento religioso, si es simplemente una seducción pasajera ejercida por la maravillosa persona de Jesús, si es una fe que solo se sostiene en los momentos de bonanza y de éxito... Todo esto es legítimo, pero no es toda la verdad sobre la fe que Jesús espera de nosotros. La fe es madura y auténtica cuando es capaz de superar la prueba, cuando se mantiene firme, aunque falten las garantías humanas, cuando parece que el alma, por las razones que sean, se nos parte en dos y la noche oscura se hace compañera de camino. Este es el salto que tuvo que dar Andrés, y Pedro, y Santiago y Juan y los demás...

*«En la noche dichosa,/en secreto, que nadie me veía,/ni yo miraba cosa, sin otra luz guía,/sino la que en el corazón ardía./Aquesta me guiaba/más cierto que la luz del mediodía,/adonde me esperaba quien yo bien me sabía,/en sitio donde nadie aparecía»*⁷

Esta es solo una parte del poema de La Noche de Juan de la Cruz. Comienza el poema con una búsqueda, con una salida y termina con un encuentro amoroso. Lo maravilloso es que este encuentro se realiza en la noche. **Todo sucede en la noche gracias a la noche**, por eso es dichosa. Ahora se da el movimiento contrario: es el creyente el que tiene que ir a Jesús y desembarazarse de todos los obstáculos, sin apoyarse en lógicas y seguridades, sin mirar nada más que a ese faro, a esa luz que le guía y que arde en su corazón, que es el amor, porque **solo el amor es el que arde cuando se ha de dar este salto**. Al final el encuentro maduro de la fe se ha de hacer a solas, donde nadie aparece, solo Jesús y tú.

Según la tradición San Andrés fue crucificado en Grecia⁸, y estando Concepción Cabrera de Armida en 1935 en sus Ejercicios Espirituales de mes, en su decimosexto día, Mons. Martínez le hace ver a Concha precisamente la paz de una entrega radical y auténtica a pesar del sufrimiento, tal como se describen en la tradición los últimos instantes de la pasión de Andrés, al que precisamente ella llamaba «el santo de la cruz»:

«Como preciosa herencia, Jesús dejó en su Iglesia su modo divino de sufrir. Así lo vivió S. Andrés apóstol, quien abrazó su cruz entonando este cántico sublime: *¡Oh Cruz buena, que recibiste los miembros del Señor! ¡Oh Cruz, tanto tiempo deseada, solícitamente amada, sin cesar buscada! Recíbeme de entre los hombres y devuélveme a mi Maestro, para que por ti me reciba quien por ti me redimió»*⁹.

⁶ Mc 10,50

⁷ Juan de la Cruz. *La Noche Oscura*

⁸ ...durante la persecución de Nerón, en el año 63

⁹ CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA, *Cuenta de Conciencia 64, 104*; 30 de octubre de 1935. Este cántico, que Mons. Martínez está citando a Concepción, se encuentra en un relato antiguo apócrifo del siglo VI titulado *Pasión de San Andrés*.